

Cees Nooteboom

533 días

Fotografías de Simone Sassen

Traducción del neerlandés de
Isabel-Clara Lorda Vidal

 Siruela

El Ojo del Tiempo

1

Las flores de los cactus no son comparables a otras flores. Por su aspecto se diría que han obtenido un triunfo y que están deseando casarse hoy mismo, por extraño que parezca, aunque sin saber con quién. Mi cactus más antiguo, que ya vivía aquí cuando yo llegué hace cuarenta años, se compone de elementos contrarios, como si tuviera diferentes edades. Sus grandes hojas, si es que pueden llamarse hojas, son unas manos extendidas sin dedos, verdes y macizas, de forma ovalada y cubiertas de pequeñas espinas (el típico cactus de un paisaje mexicano). Yo no sé nada de cactus. Ellos eran los aborígenes aquí, y el intruso soy yo. Crecen en diferentes sitios. Detrás de mi estudio, en una parcela descuidada del jardín, han impuesto su régimen autocrático. El cactus compuesto de elementos contrarios está en otro lugar. En la punta de lo que más adelante será un fruto —que aquí se denomina «higo chumbo» y en Francia *figue de Barbarie*—, ha salido este verano una flor amarilla. Algunas de sus hojas, a las que seguiré llamando así para entendernos, son de cuero seco, lo que no impide que en

ciertos puntos les salgan unas manitas de un intenso verde claro. Las espinas pueden extraerse. Si se pican bien finas son comestibles. Los cactus dejan caer al suelo sus grandes manos muertas cuyo peso es sorprendente. Después de una tormenta, cuando rastrillo el jardín para quitar lo que han soltado los árboles, recojo las manos con cuidado, preferiblemente con guantes. Arrojo a la basura algo muerto, sí, y, sin embargo, cuando me acerco a la planta, que es mucho más alta que yo, me percató de que en su parte inferior, en lo que parece un trozo de madera seca y pesada, han brotado unas manos nuevas de esa materia muerta. A eso me refiero cuando hablo de elementos contrarios: es como si parte de mí ya fuera materia muerta y al mismo tiempo me estuvieran creciendo unos miembros nuevos. Aunque, la verdad, no sé muy bien cómo imaginarme esta escena. ¿Cuál sería el equivalente en mí de la flor amarilla?

El año pasado, después de viajar por el desierto de Atacama, en el norte de Chile, decidí plantar unos cuantos cactus en mi jardín español. Acudí a un invernadero que está en la otra punta de la isla. Cuando pregunté por los cactus, alguien me señaló una planta fálica y peluda de enormes dimensiones y bastante más alta que yo. No había manera de meterla en el coche. Sin embargo, cerca de ella había un pequeño ejército de lo que los vendedores denominan también cactus, toda una tropa dispar de oficiales y soldados en uniforme. Cada vez que preguntaba el nombre de un ejemplar u otro, todos distintos entre sí, la respuesta era inevitablemente «cactus». Y así es como poseo ahora en mi jardín unos seis de esos cactus, o lo que se suponga que sean. A excepción de uno, todos han sobrevivido al invierno. Me resulta muy difícil describirlos. En su *Zibaldone*, Leopardi sostiene que el poeta no solo debe imitar a la naturaleza y describirla a la perfección, sino que además debe hacerlo de forma natural. Ya, ¿y quién es capaz de eso? En realidad,



Higo chumbo: el fruto del cactus

estos cactus no se parecen en nada a los que había aquí originariamente, los pobladores primitivos. Uno de ellos es una pequeña columna vegetal de color verde mar que me llega hasta las rodillas. Consultando las guías de cactus que he comprado intentaré identificarlos por sus nombres, aunque no es tarea fácil. Hay uno que se divide en varias ramas laterales a casi un metro de altura y luego continúa creciendo hacia arriba como si nada. Pero ¿por qué digo ramas? Más que ramas son partes del tronco que toman un camino transversal. Quizá tampoco «tronco» sea la palabra apropiada. Un cactus que se extiende lateralmente. Xec, que tampoco sabe cómo se llama, sea él o ella, comenta que puede llegar a hacerse enorme. Creo que esa forma de cactus la vi una vez en un anuncio de tequila. Aunque puede que fuera la etiqueta de una botella y que una bruma alcohólica cegara mi mirada. Y luego está ese otro cactus, como una bala bastante tosca procedente de la Primera Guerra Mundial en forma de tubérculo. Está dividido en segmentos y cubierto de un infinito número de pinchos, por lo que las tortugas evitan acercarse a él. «Dividido en segmentos» —¿se dirá así?. ¿Cómo lo diría Von Humboldt?. ¿Cómo se describe un objeto verde que, debido a unas profundas muescas (unas catorce), ha perdido su forma euclidiana de bala y se dedica a existir cerca de la tierra, con toda su peligrosidad y su poderío, intentando demostrar Dios sabe qué con esos pinchos que le recubren y cuya parte superior es de color carmesí?—. Primera lección: no debo decir «pinchos», por muy terriblemente punzantes y grandes que parezcan. Los cactus tienen espinas. Humboldt, claro está, se consagró al estudio de sus características, género, posibilidades de reproducción, especie, similitudes. Yo carezco de instrumental para ello. Todo cuanto poseo es mi impresión a primera vista y la limitación de mi lengua. Porque, cuando digo «verde», ¿a qué me refiero exactamente? ¿Cuántos tonos verdes existen? Al tratar de

definir el color de mis seis nuevos cactus, me convierto en el maestro del adjetivo.

Comoquiera que sea, he construido para ellos un pequeño enclave delimitado, por un lado, por un muro ancestral de piedras apiladas, una *pared seca*¹, y, por el otro, por unas cuantas piedras, de la misma clase que las del muro, que he colocado sobre la tierra parda como una frontera porosa que las tortugas ignoran. Estas no alcanzan a llegar más arriba de las hojas inferiores, pero, aun así, las heridas que causan sus mordeduras son tan irregulares como las propias formas de algunas de las plantas. Alrededor de los cactus he plantado otras plantas suculentas, que en holandés se llaman «plantas grasosas». Una de ellas, una de las muchas especies del género *Aeonium*, tiene hojas brillantes de un negro intenso tan maravillosamente dispuestas en torno a un punto central que uno acaba creyendo que existe una intención de simetría y armonía inmanente a todo. Tal es la sensualidad del negro intenso de sus hojas que podría ser la joya ideal para la tumba de una poetisa malograda. Y, aunque amo a mis tortugas, esta mañana me he escandalizado al ver que la vieja —patriarca que lleva infinitos años sobreviviendo aquí los inviernos sin mí— intentaba con todas sus fuerzas quebrar la armonía de esa simetría matemática mordiendo de forma perversa las hojas con sus dientes de vieja. Sacrilegio.

Pero ¿cómo puedo castigar a una tortuga que con el paso del tiempo ha adquirido muchos más derechos que yo? Por lo que yo sé, las tortugas carecen de anillos de crecimiento, de modo que ignoro su edad. Además tampoco es que ella haga mucho caso de las reprimendas. Me encantaría observarme a mí mismo desde su perspectiva para ver qué imagen le ofrezco. Para ella debo de ser una especie de altísima torre móvil que suministra agua si se le pide con claridad. A

¹ En castellano en el original. (*Todas las notas son de la traductora.*)

veces, en pleno verano, cuando aprieta el calor, aparece la tortuga en la terraza y empieza a presionarme el pie. Entonces mojo las piedras y ella se pone a lamer el suelo a fondo, lentamente. Las piedras que coloqué el año pasado alrededor de las plantas para proteger las hojas inferiores de sus ataques las ha ido apartando milímetro a milímetro, como un buldócer viviente.

Aunque no sé demasiado de cactus ni de tortugas, creo que comparten algunas características: su rigidez, su obstinación, tal vez incluso el material del que están hechos (duro y recio). Los caparazones y las espinas son instrumentos de defensa; la pata de una tortuga produce la misma sensación al tacto que la piel de algunos cactus, y mis tortugas ponen sus huevos bajo tierra, como si se creyeran plantas. Pueden sobrevivir mucho tiempo sin agua y, sin embargo, saben encontrarme cuando tienen sed. Es posible que crean que soy agua. El misterio de los cactus y el agua aún lo tengo que resolver (el misterio del exceso o de la escasez). Permanecí en la isla hasta octubre y luego volví en diciembre por un periodo corto. Javi, mi vecino, dice que ha llovido mucho este invierno. Sin embargo, en los desiertos, de donde son originarios los cactus, no llueve nunca. Esta noche, después de una tormenta eléctrica, ha caído un buen chaparrón. Al parecer eso les ha agradado al ficus y a la higuera, porque sus hojas brillan. Los cactus, en cambio, no comunican nada, al menos nada que yo sea capaz de comprender.

Los cactus muestran la peculiaridad de sus formas como si fuera su obligación, lo cual de hecho es verdad. Tal como hicieron sus ancestros hace ya una eternidad, obedecen a su ADN, un código que en algún momento se escribió para ellos, párrafo a párrafo. ¿O acaso fueron ellos mismos los que escribieron el código en tiempos inmemoriales y fueron después adaptándolo con interminables procedimientos y

jurisprudencia? A este tipo de preguntas los cactus responden con un implacable silencio. Los árboles se agitan, los arbustos se inclinan, el viento murmura, pero los cactus no participan de semejantes conversaciones. Son monjes; su crecimiento es inaudible. Mis oídos no están preparados para oírles si hacen ruido. Su forma es su finalidad (eso ya lo sabía Aristóteles). El que yo pueda verlos probablemente a ellos les sea indiferente.

2

A las dos horas de mi llegada se presentó Xec en casa con un libro sobre la muerte.

El cartero había dejado el libro fuera, presa de la lluvia. Xec lo había salvado.

A continuación nos pusimos a hablar de su trabajo. Xec es un escultor en negativo. Modifica la forma de los árboles para que el jardín reciba más luz. Media vida atrás planté unas palmeras que me llegaban hasta las rodillas. Durante años les cortaba yo mismo las hojas muertas hasta que ya no fui capaz de hacerlo (el árbol —en realidad son dos juntos— se hizo demasiado alto; y yo, demasiado viejo).

Las hojas de las palmeras son las típicas del Domingo de Ramos, el domingo anterior a la Pascua, que conmemora la entrada de Jesús en Jerusalén, cuando la gente le aclamaba por la calle agitando palmas. En el Domingo de Ramos se bendecían las palmas, y de niño te llevabas una palmita a tu casa, una miniatura que no se parecía a una verdadera hoja de palmera, porque la parte del árbol de la que brotan esas hojas, que es por donde hay que cortarlas, está llena de espinas que pueden hacer mucho daño. Durante el invierno Xec le echa un vistazo al jardín, donde vive una extraña amalgama de caprichosos habitantes que me aguardaban cuando

aparecí por aquí hace ya más de cuarenta años. Desde entonces, parte de esa población ya se ha extinguido. Como el clima no es clemente, un jardín sin jardinero lo tiene difícil en una isla donde el viento es un tiránico soberano que a veces sopla del norte trayendo sal del mar. Xec es un hombre joven y fuerte. Se presentó en casa con su hija pequeña, y sin embargo de alguna manera yo le asocié con la muerte, por el libro que me trajo. Era un libro de Canetti, un escritor que no quería morir, aunque eso en sí no es suficiente razón para asociar a un jardinero con la muerte. No, el motivo fue otro. Le pregunté por qué no había arrancado las azucenas que siempre tratan de abrirse paso de forma despótica entre las plantas suculentas. Era lo que habíamos acordado. Al parecer, las azucenas —las llamo así porque ignoro su verdadero nombre— florecen cuando yo no estoy, lo cual es motivo suficiente para que me desagraden. Pero ¿cómo describir ese desagrado? Habría que comenzar por los *Aeonium*, esas plantas crasas orientadas hacia la casa, apostadas frente a la terraza como un pequeño ejército, que son lo primero que ven mis ojos al empezar el día. Es una hueste sencilla. Las hojas de un verde resplandeciente, bellamente dispuestas en un círculo, son una sustancia poderosa. Solo por el hecho de permanecer en pie durante todo este tiempo, casi siempre en soledad, ya han conquistado su derecho a la existencia. Las azucenas, en cambio, son unas intrusas con sus largas y finas hojas que se afanan por elevarse agarrándose a unos pertinaces y enconados tubérculos difíciles de arrancar sin llevarse la mitad de la planta suculenta. Me he roto medio lomo intentándolo. Xec me había prometido que las arrancaría cuando la tierra fuera un poco más complaciente y yo estuviera dando vueltas por el otro lado del mundo.

A modo de respuesta a mi pregunta, Xec levantó un poco el pie. En la planta del pie tenía una gran mancha negra, como una forma de descomposición, una señal de desgracia

inminente. Y así era, pues me dijo que le habían operado del pie a consecuencia de un cáncer de piel. La mancha negra, las azucenas, el *El libro contra la muerte* de Canetti, con su título desesperado, así fue como se coló en mi interior, entre los cactus y las tortugas, el pensamiento de la muerte. Pensé en la tumba de Canetti que visité en Zúrich y que se encuentra no muy lejos de la de Joyce. La vi en dos ocasiones. La primera vez aún había una cruz católica en su tumba, al igual que en la de Brodsky en Venecia. Más adelante la tumba fue sustituida por otra sin cruz, sin que se convirtiera por ello en un sepulcro judío. Ambas tumbas estaban cubiertas de grava, como las de Celan y Joseph Roth que había visto en París, aunque lo más llamativo de aquellas, situadas muy cerca la una de la otra, era su diferente carácter. Joyce aparece sentado, despreocupado, con las piernas cruzadas de forma relajada, un señor en una mañana de domingo que podría estar fumando un cigarrillo. Normalmente los muertos no están sentados ni menos aún fumando. Quien está sentado puede levantarse, mientras que en la muerte, hasta el momento, está descartada la resurrección. Esta llega, si es que llega, al final de los tiempos. En la tumba de Canetti no había más ornamento que su firma, en la que se apreciaba un fondo de rabia y amargura, como si hubiera sido estampada al final de una carta furibunda dirigida a un adversario estúpido (eso era a lo que más se parecía). Cuando abro su libro, leo: «Los resucitados acusan de repente a Dios en todas las lenguas: el verdadero juicio Universal»². También esta frase transmite indignación. La vida como un complot que Dios ha maquinado contra la gente, un obsequio que conlleva la pena de muerte. Anteriormente, en su libro, cuenta que

² Elias Canetti, *El libro contra la muerte*. Traducción de Juan José del Solar y Adan Kovacsics. Galaxia Gutenberg, 2017. Las sucesivas citas de esa obra proceden de dicha edición.

visita el lugar donde será enterrado, un lugar que él mismo ha elegido. Eso ya no parece indignación, sino casi lo contrario; parece deseo. Se pregunta qué pensará Joyce de su propósito de yacer tan cerca de él. No obstante, como Canetti es un hombre que no se arredra, se cuestiona también si realmente le apetece ser vecino de Joyce en el cementerio, pues al fin y al cabo escribió sobre este lo siguiente: «Si fuera del todo sincero conmigo mismo, diría que desearía destruir todo lo que ha representado Joyce. Estoy contra la vanidad del dadaísmo en la literatura, que se alza por encima de las palabras. Adoro las palabras intactas». Ahí habla alguien del Pueblo del Libro, eso es innegable cuando luego continúa: «La parte más verdadera de la lengua son para mí los nombres. Puedo atacar y derribar los nombres, pero no hacerlos pedazos. Eso vale incluso para el nombre que más odio, el inventor y custodio de la muerte: Dios». Joyce y el dadaísmo. No se me había ocurrido hasta ahora: odiar a una persona inexistente podría ser también una forma de dadaísmo.

El azar ha querido (aunque el azar no existe para los lectores) que al mismo tiempo esté leyendo un libro de Philip Roth, *El teatro de Sabbath*, cuyo protagonista, Mickey Sabbath, busca un lugar donde ser enterrado, tal como hizo Canetti. Dos judíos en busca de su tumba. También Sabbath está obsesionado con la muerte. Esta obra, un aria de locura de Eros y Tánatos, contiene reiteradas masturbaciones del protagonista sobre la tumba de la mujer adúltera con la que había mantenido una relación hipererótica. Roth describe estas escenas de modo explícito y con tal abundancia de detalles que al lector le invade de vez en cuando una sensación de agotamiento ajeno, como si subiera una larga cuesta en un día de sofocante calor. Para el lector que yo soy, esto es lo contrario de la erótica de Nabokov, quien puede ser igual de extremo pero recurriendo a la sugerencia en lugar de a

la incontenible profusión de extravagantes aberraciones y detalles realistas.

Aunque Sabbath no es el Humbert Humbert de *Lolita*, sin duda es una figura inolvidable en toda su grotesca naturaleza obsesiva, y es esta figura, perdida, la que figonea en un cementerio descuidado de provincias y negocia con el vigilante el lugar donde será enterrado y el coste del sepelio, una cantidad que abona *in situ*. Ignoro si Canetti habría reconocido algo de esa escena, aunque a buen seguro le habría repugnado el epitafio escandaloso que Sabbath quiere en su tumba y que entrega al agente de pompas fúnebres en un sobre sellado junto con el dinero para el entierro y para el pago del rabino. La diferencia, obviamente, es que Sabbath no es un personaje real. Los personajes no reales necesitan más palabras, qué se le va a hacer. A Canetti le bastó su firma grabada en la lápida junto con los nombres de su primera y su segunda mujer, Veza y Hera.

3

¿Cuándo se convierte algo en acontecimiento? Un accidente de tren, una visita completamente inesperada o la caída de un rayo. Esto último sucede a menudo en esta isla. El cielo se llena de un *mené tekél*³ eléctrico seguido de un trueno letal. Al día siguiente el hecho figura en el periódico local como un acontecimiento. ¿Y cómo describir un suceso que para el mundo nunca contaría como acontecimiento y en cambio para ti sí? Primera hora de la mañana. Las «esteras», un tipo de persianas de junco trenzado, no han sido bajadas aún.

³ Alusión bíblica. «MENÉ, MENÉ, TEKEL, UPARSIN» es la inscripción en arameo que apareció en la pared del palacio del rey Belsasar durante la fiesta en la noche que cayó Babilonia (Libro de Daniel 5).